

Mi escuela primera fue el garaje de mi madre. Con cinco años empecé a bailar en la tarima que rectificaba los dos surcos para las ruedas que había en el suelo de cemento. El coche estuvo siempre aparcado fuera, en el jardín. Mal ventilada para bailar, la sala tuvo bajo la tarima, durante años, ratones o culebras, nunca supimos qué. A los trece me enviaron a la English National Ballet School. Ya en Londres simultanéé luego el baile y la filosofía, lo que me supuso, antes de Cuba, algún cheque en cursos españoles de verano. A los veintidós me fui becado al Instituto Superior de Arte. Y desde La Habana fue mi desertión rumbo a Essen y rumbo a la rodilla rota. En Cuba se suicidó Azucena. El baile y el escepticismo, la política crédula y la muerte de mi novia deberían poder vérseme con rayos X, lo mismo que la rodilla y la prótesis.

En los vídeos que esta noche de fin de curso me obligaron a llevar se ve que fui discípulo de Pina y uno de los elegidos por Ned Rorem para ángel mudo. Hay teatros en cuya primera fila de ensayo estaba Britten. Mirando ahora, entre la ansiedad de los niños antes del espectáculo de fin de curso, era incomunicable la tristeza de haber ido directo a la academia desde el entierro de mi padre.

Salí del parquin a las diez de la noche y quedaron atrás las felicitaciones mezcladas con los pésames, los ramos de flores, el carmín en los mofletes. Mi tarjeta magnética levantaba la barrera del parquin a una primera exhalación de la nada. Tenían la edad que yo había tenido. Bailaban por complacer a sus padres. Uno de esos padres me había exigido, con sonrisa que acababa de repetir al darme el pésame, que la función se preludiara con algunos de esos vídeos.

Demasiado calor para ser de noche. En el parquin me quité la corbata y desabroché el botón que me apretaba en el cuello. El verano no me ofrecía nada especialmente malo. El calor aplanaba la certeza final de ser el profesor de la academia a la que venían niñas y un solo niño, gordo, gordo como yo, los dos con la gordura que no podrá acabarse aunque el niño salga al mundo y adelgace y llegue a bailar bien. Habían aplaudido especialmente al verlo a él dar giros. Al verlo atornillarse al escenario y a la vida como en el altar los niños santos que ya no pueden huir. En octubre yo les había explicado tanto a padres como a hijos que no todos los bailarines pueden girar sin marearse. En mi academia podían todos, y él se había llevado los mayores aplausos.

Desde el coche vi aún el disfraz de hada o de insecto, me asaltaba lo que habían bailado mis hadas de fin de curso, los revoloteos de la guardabosques, y cómo en pleno baile buscaban con la mirada a los padres, a los abuelos. Mis alumnetos chocaban entre ellos pese al trabajo de meses, pese a indicaciones cuya energía me seguía estando húmeda en el sobaco. Había habido despistes y pipís, había habido abogados y médicos de la ciudad desgañitados en pie. Se habían reído las madres al ver los pisotones que había que adjudicar a ingenuidad sobrecargada; a errores que, a falta de explicación, eran simpáticos.

Delante salía el coche de un padre mayor con su mujer joven, *blazer* él, vestido de hombros al aire ella. En los vídeos en que a mi infancia le temblaba la iluminación, mi vida podía ser una visita guiada a mí mismo. Éxitos prematuros eran en seis minutos un mosaico quemado en beta. Siempre trozos de danza, nunca danzas enteras, solo fragmentos, y borrosos los fragmentos de haber sido digitalizados para el fin de curso en la misma semana en que en el hospital agonizaba mi padre.

Igual que treinta años antes, la muerte me dejaba momentáneamente sin nada especial que vivir yo. Azucena nunca había hablado de suicidarse. Mi padre había gritado ver venir su propia muerte en cada minuto nocturno de once meses en que todavía pudo gritar. Después ya no pudo hablar y solamente lloraba con los ojos muy abiertos.

Yo podía seguir dando las clases, sentir un resto de fe en una creación ensimismada como la danza. En el montaje

de los vídeos, o antes, o después, o en mí dentro del coche, había mañanas y encajes y focos pares y avenidas. Entre el teatro y el hotel me llevaba de la mano una mujer que no era mi madre. A mi segunda madre, a mi madre inglesa, le encarecían que me quisiera. Dorothy me abrigaba y me felicitaba en aceras con nieve. Hacíamos una parada en el café donde me compraba un *scone* o un *muffin*, siempre con cumplimiento minucioso y sincero por más que dentro de un acuerdo económico y de un mes al año en uno de los hoteles proyectados y promovidos por mi padre en la Costa del Sol, estancia anual que era parte del cumplimiento del encargo que me hacía sonreír y dar las gracias como si yo no bailara ni acudiera tras el colegio a los ensayos que culminaban en el estreno sin mis padres, alguna vez con la Reina en el palco.

Había vídeo con la reina de Inglaterra. Había momentos con ostentación de su desfase, de su venir de una infancia y de una juventud en que ser bailarín era tener luz propia que esta noche el vídeo y la ansiedad distorsionaban. Mi vida seguía ahí, al menos en parte, como la Reina, como los niños ingleses y los niños extranjeros entre los cuales yo mismo hacía un rato habría tardado en reconocermé de no ser por el penacho de bantú.

Natalia iba a teclear en una máquina que funcionaba bien y sonaba exacta, como en una opereta sobre una vieja gloria. La Underwood, qué le vamos a hacer, es una Underwood y me la regaló Dempsey. Llevó a restaurar la Underwood y me la regaló en una tarde en que se terminaban nuestras tutorías con vaso de vino tinto en las que hablábamos más de ballet que de filosofía. La Underwood, con su olor a aceite lubricante y a polvo, habría sido parte de una editorial, de un banco o de una agencia en aquel mismo Londres. Lo que importaba al final, este verano, era lo que Natalia y yo escribiríamos con ella y de un tirón sacaríamos del rulo y corregiríamos a mano. Estaba la máquina en un estante bajo, en casa, cuando iba a llegar Natalia. Natalia es la tía de una de las niñas. Iba a venir a verme el veintitrés de junio.

Esta noche abusiva del veintidós, en el parquin, yo salía para recoger a mi madre, sin soltar aún la angustia, ella atónita desde hacía pocas horas y sin haber llorado en el entierro.

Con ochenta y tres años, mi madre seguía teniendo el garaje para cuatro o cinco niños. En el garaje seguía sin correr el aire y quizá estaba aún la culebra o una hija o nieta de la culebra. Mi madre en su academia como yo en la mía. Mi madre daba aún, de su bolsillo, becas para niños vecinos que querían empezar ballet. En tan poco espacio del mundo y de la casa, mi madre se obstinaba en ver si del distrito salía un bailarín como había salido su hijo. Por teléfono, al decirle que ya iba, oí cómo cerraba la puerta de batiente del garaje.

Saludé todavía al niño, entusiasta y sudoroso, que corrió a decirme adiós. Y me quedé quieto un rato, sentado ante el volante y ante el móvil, poniendo el aire, la corbata quitada y liberada del botón la gordura de esta edad final. En los dos sitios de búsqueda de pareja, bajo mi foto congestionada y dos años más joven, aún decía bailarín.

¿La conocía? Bajé el cristal. Me preguntó va usted para el centro y dijo que se llamaba Natalia. Era la tía de una de las niñas. No, de Marita no; de Lucía. Lucía había hecho de oveja. Natalia lo demostró mostrándome la bolsa, el tutú con trozos de lana pegado, las zapatillas, todo. Lucía lo ha hecho muy bien, dije abriendo. Ha estado muy bien la función, dijo ella. Llevaba en la otra mano una manzana mordida. La niña y mi hermana, dijo metiéndose en el coche, hablan muy bien de usted, dicen que tiene paciencia, que las clases son divertidas, que hace chistes graciosos y que les gusta el acento que usted tiene entre inglés y cubano. ¿Yo hacía chistes? No la habían invitado a cenar para celebrar el fin de curso de su sobrina. Encantada. Encantado. No son chistes, me defendí, exagerando sin darme cuenta mi mezcla de acentos. Yo era la caja de los acentos que la vida me había ido dejando, como a mi loro Rudolf. Son, dije, pequeñas bromas que hago para que no se tomen demasiado en serio a sí mismos. Hizo saltar con un bonito movimiento exacto la bolsa al asiento de atrás, se puso el cinturón de seguridad y dio un bocado a la manzana oxidada de su sobrina.

Todo era lo más ligero de una desesperación ante las risas, la condena y los moños. La mayor de todos, Mara, de dieciséis, se empeñaba en pedirme clases particulares. Marita me hablaba de expresar, bailando, sus inquietudes y sus sueños,

dos palabras, como le dije a Natalia, que me habían hecho alguna vez cambiar de tema con alguna de esas bromas que a los más pequeños les hacían gracia.

Natalia bufó que ella no quería hijos. Era la tía soltera de treinta años que se dedicaba a escribir. Le gustaban más los caminos que las consecuciones. No quería ponerse metas. Tenía ojeras. ¿Comía algo más que manzanas usadas?

La correa del ventilador te suena, dijo tuteándome. ¿Seguía yo bailando además de dar clases? La rodilla, expliqué. ¿La izquierda o la derecha? Miró el pantalón. Dijo que era del mismo azul que el coche. Una vez traté a un matrimonio de escritores en Londres, le dije con acento cubano.

Volví a llamar a mi madre, para avisarle de que llegaría tarde. Lo dije a voces, por su dureza de oído. Natalia quizá notó que mi acento era de pronto uno tercero, no cubano ni inglés, sino el andaluz de mi madre. Cuando apagué el móvil, me dijo que vivía en un pueblo de playa y que le interesaba la literatura que daba sentido a la vida. Sin falta de sentido no hay arranque para crear, le dije. La neurosis supongo que vale para la tensión de cientos de horas del baile, dijo ella. Tienes fama de atrevido, añadió en el desvío hacia la casa del pueblo playa, hay madres que cuentan cosas, no sé si serán verdad. Yo tampoco lo sé, contesté mirando rótulos. Cuando llegamos y paré el motor, dijo que los cotilleos eran interesantes, no creyera yo que eran algo malo, los artistas teníamos *affaires* chulos. Dijo *affaires* chulos. “¿Por eso no quieres tener hijos, para seguir teniendo *affaires* chulos?” “Hijos no, yo tengo que ser la protagonista de mi vida.” “¿Tú sola?”. “Bueno, yo y mi pareja.” Sí que se parecía a su sobrina. Antes, en Navidad, Lucía había hecho de hormiga, con antenas de trapo. Acababa de llevarse aplausos como oveja, lo que le suponía, según dije ante la casa, un ascenso en la escala biológica. Antes de bajarse del coche, Natalia sacó un tarro de colirio y se puso gotas en los ojos echando la cabeza muy para atrás. Le dije que tenía cuello de bailarina. Dijo que qué va.

Recuperó ágilmente, del asiento trasero, la bolsa con el tutú. Sí que eres alto, calibró. Aquí vivía. “Gracias, Baro.” De pie, sin el bastón, envalentonado por el encuentro y liberado de la muerte por un instante, miré la casa. Me imaginé a

Natalia dentro con libros en varios idiomas y ropa sin recoger y varitas de incienso y zapatos acumulados, las suelas sucias sobre las tiras o cintas, discos pirateados de cantautores, tarros de pomada, devedés pegajosos de polvo y de épocas largas de soledad, muebles triples, cajas grandes bajo mesas y que encajaban lo justo, cajas de costura de una abuela o de una madre, láminas de Van Gogh enmarcadas, desgastado el amarillo en azul celeste bajo el cristal y el sol, el dormitorio pintado de un color y el salón de otro, latas rectangulares y redondas, la pareja de Natalia viendo la tele con el perro de ambos o de ambas, pequeños aparatos de suelo para hacer ciclismo estático, y aparatos para mover aire frío ambiental, todo movable a la vez mientras se ingiere en marcha un yogur griego o con muesli junto a un gato que solamente un día se escapa, fotos rasgadas en las que desaparece una antigua pareja, ordenador encendido en el comedor a oscuras con las ventanas abiertas porque él o ella escribe también o corrige exámenes, y él o ella le tenía preparada la cena, y había sin duda un sofá, imanes con un número de teléfono de reparto de sushi en la puerta de la nevera, hábitos intactos, horarios, sexo cotidiano de pareja estable, ausencias esporádicas de ganas, regresos alcohólicos con sexo oral, todo lo que la muerte no había interrumpido ni aplazado en ninguna casa del mundo salvo en la mía con Sonia, en la montaña, once meses atrás, al empezar la agonía de mi padre.

Natalia se despidió desde el portal con una reverencia irónica, pero que ratificaba indicios musculares y rituales de haber sido bailarina. Me enviaría poemas, promesa que hizo en plena reverencia, manzana en una mano, bolsa en la otra.

Me despertó el calor, o haber cenado tarde después de hacer esperar a mamá la noche en que más necesitábamos descansar y cenar temprano. No habíamos interrumpido la defensa ante la muerte, ella sin niños esa tarde. Mi excusa por hacerla esperar había sido la tía autoestopista de una de mis alumnas. Haber recogido y acompañado con gusto a Natalia se debía a un tic ya desfasado en mí y en la especie. El ancho de la cadera femenina, la sonrisa y el pelo habían

sido el hábitat donde la vida se movía aún a sus anchas. La humanidad y yo nos habíamos pasado la vida dependiendo de eso, de la tipología inmediata de una mujer. Hice una meada color brandy. En la cocina bebí agua. Se me había olvidado meter la jarra en la nevera. Sin desayunar, con la camiseta húmeda de sudor, busqué el mando del aire. La tierra se recalentaba de una edad mía y suya a otra. Y aquí seguía yo, metro ochenta de desolación en calzoncillos. No encontraba el mando. Hice un abanico con unas páginas de viajes que había traído de la agencia. Había pensado aún en el Oslo de mi *pas de deux* en *Giselle*. Este recuerdo se encogió en revista de cruceros por los fiordos, y ahora era un abanico. Sonó el café. Quedaban noventa días de verano para decirnos todos que no recordábamos tanto calor. Veintitrés de junio, esa noche iba a haber hogueras y sardinas y sangría de tetrabrik y penumbra de fuego en la arena. Algunos celebrarían el rito de paso quemando muebles. Quedaría algún muchacho enganchado en pleno salto entre alambres incandescentes. Aparte el de incinerar vivos a jóvenes, según mi vecina Luna había un rito del día de San Juan: ese día, o su víspera en que yo estaba abriendo la ventana por falta del mando del aire, era el único del año en que el sol no lastimaba si lo mirabas de frente. Lo intenté.

Con mamá yo bebía mucho porque ella estaba bastante sorda. Otro verano se prolongaba mi edad con las cortinas echadas y vivía cerca de mi madre y más cerca aún de Luna, en el mismo rellano, veinte años de amistad. Entre la puerta del apartamento de Luna y la del mío estaba la jaula de Rudolf. Luna, a los cincuenta y seis, ojos negros y rápidos, era jubilada de banca y me cuidaba la casa y al loro cuando me iba de viaje y me cuidaba a mí como vecina y me llamaba guapo y me contaba la previsión del tiempo ante la movilidad de las gaviotas fuera del agua.

Sin haberme duchado aún, me metí en el ascensor. Había encontrado el mando del aire en un cajón de la cocina, pero no las pilas. Yo tampoco tengo nunca, dijo Luna desde su puerta. Ahí estaba Luna, al lado de la jaula de Rudolf. Mi vecina había estado en el cementerio con falda negra y medias negras y blusa blanca y tacones. Juan Pedro no había

ido. Ningún amigo había leído la esquila. Cuando tengo pilas, dijo Luna, no son del tamaño, o resulta que siempre hay una menos de las que hacen falta, tú sabes que así soy. Luna iba mucho a la herboristería, unas veces a comprar, otras a hablar sentada con el herboristero y los clientes. Responsablemente me había puesto ella alguna tarde aceite de árbol de té sobre concentraciones mínimas de hongos en la piel de un testículo. Responsablemente digo porque esos hongos eran familia de los que habían estado en ella o en su marido. Aquí estábamos Luna y yo un verano más.

Desayuné al volver de comprar las pilas y miré el correo electrónico. Natalia había enviado un vídeo en el que hablaba de poesía. Hablaba de Ernesto Cardenal. Me gustó una frase. Podía ser de ella o de Cardenal, aunque el tono de voz dejaba entender que ella la deducía, que llegaba a esa frase: el corazón es lenguaje. Todos los poemas y cuadros y músicas que decía que le gustaban eran argumento fácil o más o menos previsto por la historia humana, con lenguaje exigente, extremo. ¿Debía yo contestar? Si contestaba, tenía que pedirle, como quizá ella sugería, que me enviara poemas propios mejor que teoría y Cardenal. Si los poemas de Natalia eran malos podía venirse abajo incluso la poca consistencia de nuestro encuentro en la víspera con la manzana al llevarla yo en mi coche al apartamento de las paredes pintadas de colores y el novio o novia en ropa interior corrigiendo exámenes o un ensayo. Todos mis descartes y prevenciones y miedos eran el terror a una vida torpe, a partir de haber perdido el no dudar que daba el baile. Cada negación, cada apriori, cada zanja moral, cada cortafuegos volvía de entre la luz de días vivos como una aparición que me llevaba a más negación aún. Entre Azucena y Sonia había evitado no amores, pero sí entusiasmos. Claro que eso era en teoría y luego me entusiasmaba como un crío en cada relación.

El móvil. Era Juan Pedro. Esta noche era la fiesta por su santo. ¿Qué tal el fin de curso, había yo estrangulado a algún padre? Habíamos puesto esquila. Nadie leía el periódico. Cómo no le había avisado. Luna de luto había apuntado en el cementerio el teléfono de un joven con barba que, cuando ya salíamos de la capilla, salía él a esperar a alguien desde la

capilla de al lado. Que no se preocupara Juan Pedro, él menos que nadie. Yo no quería pésames, no quería tener que decir una vez más que la muerte era ya lo mejor. Prefería que me regalaran continuidad. Juan Pedro me había visto, había estado conmigo muchas tardes en el bar de Gaby, a la salida de la residencia. Le conté a Juan Pedro que me había escrito la tía de una niña. Era poeta, me había enviado un vídeo. Treinta años, divertida, un poco pedante. ¿Feminitrepa? Parecía que no. No había hablado de literatura de mujeres, ni de editoriales solo para mujeres, ni de premios consagrados exclusivamente a mujeres, ni nos había condenado a nada ni a todo, de momento, por el hecho de ser hombres. Te recuerdo, dijo Juan Pedro, lo que dijiste hace tres noches en el bar de Gaby. Juan Pedro, en su minuciosidad abstemia, era representante mío en lo que yo coreografiaba para una compañía de la costa que llevaba, sin mí, a Chile, a Brasil, a Uruguay, mis montajes por encargo. Y solía recordarme frases mías. En el bar de Gaby yo había dicho, acelerado por el alcohol de después de la residencia, que uno podía fiarse en persona de artistas cuya obra conocía. Admitía Juan Pedro: hay quienes hacen una obra maestra y son unos capullos, y hay muy buena gente que hace una mierda. Saciados de existencia, de condición, de naturaleza, le contesté al teléfono a Juan Pedro. Él sí iba a los viajes y me enviaba fotos de nuestra obra en Santiago, en Río, en Montevideo. Yo había estado en Montevideo antes incluso que en Cuba, a los diecisiete me había ido desde Londres a Uruguay sin avisar a mis padres y con autorización y promesa de encubrimiento por mi madre inglesa. Le dije a Juan Pedro que de Uruguay me venía la afición a las chicas con cara de sueño.

Total, me desdije, no va a ser menos simpática por ser escritora comprometida. Bebido o no, se trataba de mala salud mía para todo arte práctico. ¿La danza no era práctica, no había nacido para nada menos que la continuidad de especies humanas y animales y de plantas? Uf. Yo pensaba seguir durmiendo esa mañana. “A ver si este verano no vuelve a ser el mejor y el peor de nuestra vida.” Me temo, le contesté a Juan Pedro, que ni lo uno ni lo otro. Podíamos conocer gente nueva y hasta mantener conversaciones, pero ¿queríamos?

Todos sostenían que había una vida de recambio que era el arte. Ahora mi academia era un recambio para el recambio. O ni eso, le dije. Quedamos para su fiesta. Un abrazo. Descansa. Iba a ser en el bar de Gaby.

En la cocina, pensé no contestar el envío del vídeo ni pedirle poemas a Natalia. El móvil otra vez. De acuerdo, claro, claro que sí, por favor, estaba yo deseando leer poemas suyos. Podíamos vernos, por supuesto, que trajera sus poemas, en el vídeo no hablaba más que de Cardenal.

Mientras Natalia venía, me duché. El mando del aire había aparecido debajo de una olla vuelta en un cajón de la cocina. Puse las pilas. El aire salió sucio. Me terminé de secar, me puse el pantalón corto, me encaramé al respaldo del sofá, abrí la tapa, saqué el filtro. La tapa se desenganchó y afloró un resto de polvo de todo el año. El filtro cayó negro al sofá blanco. Sacudí la mancha. Con eso se manchó más el sofá. Decidí hacer una pausa sentado. El filtro tenía hongos. Volví a la ducha. Estuve bajo el agua con el filtro en la mano y luego volví a estar de pie sobre el respaldo, ajustándolo todo con las palmas muy rígidas.

Salió aire limpio y frío. Aire como en almíbar de la humedad que le sobra al calor de la ciudad. Luna, cada verano, me decía que esa agua era muy buena para las plantas. Apagué el ordenador. Con el primer medio cubo de agua que le sobra al aire regué el helecho. El cubo era la síntesis de un aire ya extenuado. El aire acondicionado interpretaba la ciudad, la destilaba hasta caer gota a gota en el cubo. ¿Qué pasaría ahora? Era simpática y escritora, tenía pareja, no quería hijos. ¿Cuándo había querido yo por última vez que fuera verano? De niño deseaba que llegara el verano, el mar, volver de Londres, ver a mis padres. Ahora, en estos últimos años, lo que deseaba era que el verano se acabara cuanto antes.

Natalia habló por el interfono con unos ohs demasiado largos, con apelativos como el de maestro que me traía asignados con algo más de soltura que la que había tenido en el coche. Temí que se oyeran los apelativos, abajo en la calle. He amanecido con la canción que canturreaste, decía Natalia desde la calle. La de la ovejita perdida, corroboré. No, la otra. La del leñador soñador. Por la autovía había cantado con ella

canciones de la función. Subo, dijo, te doy una sorpresa. El botón. ¿Ya? Un silencio. El ruido del portal que se encajaba con estruendo. La esperé en el descansillo, junto a la jaula de Rudolf. Rudolf imitaba a la perfección el sonido del timbre, los ecos del interfono, el portazo de hierro en la planta baja.

Salió Natalia del ascensor. ¿Un libro suyo? No. Esa era la sorpresa. Luna habló tras su puerta, Luna invisible, quizá con crema en la cara. Luna preguntó si era esta chica la que acababa de estar probando todas las teclas del portero automático. La mía también, le aclaré desde el descansillo. Natalia entró parodiando pasos de ballet. Un brazo suyo impactó sobre la jaula de Rudolf, que a sus cuarenta años imitaba también las voces de mi padre y mi abuelo muertos. La jaula comprada al lado de la Fenice se balanceó con Rudolf que dijo maldiciones pese a mis reflejos con una mano sin soltar el bastón. Contuve con la otra mano a Natalia para que no le diera también a la estatuilla rusa del velador. Entró y seguía hablando. Muy frío el aire. Se podía apagar.

Mientras yo abría el regalo, con forma y tamaño de libro, Natalia me repitió que no era un libro suyo. Tuve la pesadumbre de que pudiera ser un libro sobre cómo ser feliz después de los cincuenta o algo así. La miré a ella tanto como al título y el autor, José Morera, miré el índice y me vinieron recuerdos súbitos de las reuniones en casas de té de La Habana donde, tal como indicaba ya ese índice, Baro López, presidente de la federación de estudiantes, excepción extranjera, había animado la colaboración entre bailarines y pintores y escritores. Sí que era una sorpresa. Natalia no dijo nada. ¿Lo había leído, sabía ella el final? Una historia muy triste, dije. Contestó que lo sabía. Dijo que había puesto mi nombre en Libroexpres y había aparecido yo en el índice de aquel libro que al llegarle superurgente, para mi extrañeza, de un almacén insospechado de nuestra propia ciudad, tenía manchas de humedad y las hojas arrugadas y pegadas. Hice otro café. Natalia se sentó en el sofá.

A Morera no le habría costado tanto escribir algo más parecido a la verdad. Algo más que el casi silencio, suyo y

de todos, que se verificaba desde el índice. Mi viejo conocido podía haber recordado algo más que: se iban a casar, él tenía dudas, mujeriego de veintiuno, ella no quería eso. El autor de la historia del ballet contemporáneo en Cuba no mencionaba el final terrible, y era lógico. Políticamente lógico en la Cuba de entonces. Tampoco mencionaba que Azucena era bailarina, ella y yo en la federación de estudiantes, los dos becados, yo español, más vigilado aún que ella. Ella sí quería huir. Se entiende que una guía al pasado con sus hojas apelmazadas por la humedad y la mala calidad del papel, muy poco después de aquello, en el libro editado por la Unión de Artistas y Escritores, tuviera tan prohibido como lo tuve yo, al quedarme con la beca en La Habana, contar nada. Imposible acordarnos siquiera de Azucena en su habitación tras haber sido soltada por la policía a la que la entregaron desde el aeropuerto de Montreal. Ella había ido a Canadá para un concurso, junto a otros alumnos de la escuela que sí subieron de vuelta al avión mientras ella echaba a correr y se saltaba el control y la valla, bailarina como era, para caer en manos de los policías canadienses que la redujeron y la tuvieron en inmigración ilegal hasta deportarla.

Azucena estuvo detenida en el aeropuerto de Montreal un día entero, y luego en La Habana la soltaron con apercebimiento. Unos días después, en nuestra casa, se ahorcó. Se colgó de la lámpara del techo. Todo estaba ahora negado, silenciado, en las manos de una escritora joven con su mejor intención de halagarme o darme las gracias por la función de fin de curso de su sobrina vestida de oveja. Después de Cuba y de todo, muchos años después, a mis cuarenta, me casé con Sonia y pasamos unos años felices en una montaña de la provincia.

Mientras Natalia, ahora de pie, con la taza de café en la mano, curioseaba fotos y objetos, seguí ojeando el libro, las páginas abarrotadas de palabras y de silencio. Morera me citaba en un capítulo como bailarín español auspiciado por la patria a la que, según él, traicioné. Sin preámbulo, sin pedirle que volviera de la entrada donde ella miraba la vitrina, leí en voz alta eso para Natalia por suponer que era lo que habría leído rápido tras consultar el índice al llegarle por mensajero

el libro, ella curiosa por la vida del profesor de baile. Estaba ella, mientras le leía esas pocas líneas, mirando fotos de los estantes, riéndose de las palabras de Rudolf. En aquel mediodía las palabras de Rudolf eran el *qué desasssstre qué desssaastre* de mi padre y el *loro capullo loro capullo* de mi abuelo, además del timbre y el sostenuto muelle del whatsapp.

El nombre en su día se lo puso a Rudolf mi madre, quien hacía poco acababa de hacer convivir en los portarretratos de su casa a Nuréyev y a Roger Federer. Mi padre ya estaba muy grave y Federer avanzó en el salón, detrás de la silla imperio, para una volea de revés en el verde del cuadro de saque del sur de mi viejo Londres. Se lo contaría yo a Natalia, por evitar lo que he evitado siempre y más detesto, el dolor de la propia historia, que al final se terminaba reconociendo para justificar mi amor, mi huida. Iba a terminar sabiendo Natalia que yo a los cincuenta y tres no quería ni sabía perdonarme con más vida normal. Las redes de búsqueda de pareja, sin encontrar yo a nadie, me hacían compañía. Habría tenido dudas entre un nuevo encuentro y la constancia de los mensajes repetitivos sobre mi edad y sobre mi melena blanca y mi metro ochenta y la pregunta odiosa sobre el bailar desnudo.

Me extrañaba haberme quedado como me quedé en Cuba junto a quienes llevaron a mi novia al suicidio. Haber permanecido, por la razón, al menos aparente, de no renunciar a mi beca y a las giras y a la seguridad de mi carrera junto a los mejores maestros. No soy, lo sé, culpable de la muerte de Azucena, todos me lo dijeron, todos me lo decían, ella estaba mal, ella odiaba aquel país, quería una libertad muy similar a la que yo quería en el amor. No fui la causa de su muerte. Pero en treinta años no he podido dejar de ver cómo Azucena me insistió hasta las lágrimas en que nuestra boda podía suponer su libertad y que luego ya hablaríamos de la mía.

Ella misma había sido promiscua, estaba cansada de eso, yo me extenuaría de libertad hasta valorar, según dijo también, lo que teníamos en casa. En esa casa se mató Azucena. Allí se acabó lo que yo llamaba mi vida. Tres años después de aceptar callarme y seguir en la federación y en la escuela y con las giras, dejé el país que no me persiguió ni dijo nada, salvo en libros como el de Morera que ahora estaba en el sofá.

Natalia no paró luego de admirar fotos del libro con nuevos ojos. El libro estaba ahí, con sus silencios contra mi propio silencio. En el libro no se hablaba del interrogatorio de la Juventud Comunista tras la acusación por haberle introducido a Azucena ideas de fuga. Declaré en su momento que era lo contrario. Incluso el aplazamiento eterno de la boda se debía en parte a que no me quería ir de Cuba. Ella con la doble nacionalidad conyugal habría insistido en que nos fuéramos. El aplazamiento de la boda se debía a lo contrario de lo que me acusaron: se debía en parte a mi fidelidad a unas ideas y a un país que me había acogido y que había valorado mi talento y mi capacidad incluso más que Londres y que el Uruguay fugaz de mi adolescencia. ¿Le fue alguien a Azucena con el cuento de mi fidelidad fatal a Cuba? Lo he pensado muchas veces.

El caso es que decidí mantener la beca. Yo amaba a Azucena, solamente yo sé cuánto y cómo. También ocurría largamente que, de tan feliz que era con ella, quería y necesitaba la expansión y la euforia y llegar a acostarme con otras. Azucena me pidió, una tarde de mucho calor en el malecón, que al menos esas otras no fueran compañeras bailarinas. Prometí. No cumplí. En un caso, en una visita del ballet a España. Pero creo que no engañé: eran las condiciones, era la sinceridad antes de que ella me obligara a desdecir mi deseo, mis veintiuno que creían en aquella libertad mutua pactada. No hizo falta que nadie le fuera con este otro cuento. Yo mismo se lo conté. Volvió a decir que ella había hecho eso mismo hasta poco antes de conocerme. En Cuba el sexo era más normal que en ningún otro sitio del mundo. Y esa era la causa de su hartazgo: quería un artificio, una falta voluntaria de libertad, algo muy parecido a sus ganas de huir a España, donde, aparte de todo, los novios eran novios.

Yo podía empezar a vivir, al menos a ser yo, después de la muerte de Azucena. Lo intenté muchas veces, y una, a los cuarenta, en mi matrimonio de montaña con Sonia. Ahora, tantos años después, estaba a punto de tener la relación más rara de mi vida con la escritora que hablaba con Rudolf y no me enseñaba nada escrito por ella.

© del texto: Álvaro García, 2022
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2022
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: mayo de 2022
ISBN: 978-84-9743-961-9
DL L 27-2022
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.